

á los suyos. Sí; los plebeyos hemos sido párias en la India, nos han arrastrado á la cola del caballo persa, nos han ofrecido en sacrificios á dioses implacables, hemos derramado nuestra sangre en el circo, hemos sido azotados sobre el terruño; una parte de nuestra alma, de nuestro ser, padece en el Nuevo-Mundo con los negros, sombra de nuestros dolores, y queremos redimirlos nosotros, los redimidos por la revolucion.

«Hijos de este siglo, este siglo os reclama que lo hagais mas grande que el siglo XV, el primero de la historia moderna con sus descubrimientos, y mas grande que el siglo XVIII, el último de la historia moderna con sus revoluciones. Levantaos legisladores españoles, y haced del siglo XIX, vosotros que podeis poner su cúspide, el siglo de la redencion definitiva y total de todos los esclavos. He dicho. (*Aplausos.*)»

II.

Abdicó Amadeo de Saboya, que nunca debió venir á España, acordándose que uno de su raza vino á combatir contra los patriotas del Trocadero, y se proclamó á toda prisa la república. Los antiguos cimbrios, gente lista y un si es no es maquiavélica, creyeron ganar así la partida é ingerirse en el futuro poder con Martos á la cabeza, como se habian inscrito en la revolucion de Setiembre los conservadores, llevando al frente al duque de la Torre. Pero los republicanos fueron mas listos que ellos y no se metieron en el pecho la serpiente que al revivir habia fatalmente de

morderles en él. Las Córtes radicales, permítaseme la frase, caracolearon mucho delante de la nueva situacion; alardearon de valientes y quisieron ¡insensatas! ellas, Córtes monárquicas, convertirse en Convencion republicana. Se dió el caso de muchos diputados que se acostaron monárquicos como Malesherbes, y se despertaron convencionalistas como Sieyes, los que no como Robespierre. Hubo zozobras, agitacion, alarmas perpétuas provocadas por aquella Cámara facciosa, que hubiera vendido la república como acababa de abandonar la monarquía tan cobardemente. En esto habíase nombrado el poder ejecutivo de la naciente república española. Despues de otros ministerios, Pi, el talento gubernamental, Figueras, el talento diplomático, Castelar, el talento oratorio, Salmeron, el talento filosófico, con Tutau, Chao, y otros, fueron llamados á formarle despues de largos dias de angustia y de crisis, porque los radicales querian y pedian participacion en él. Se constituyó, por fin, contra la Cámara, que todavía creíase fuerte, un ministerio enteramente republicano. Hubiérase dicho de Figueras, Castelar, Salmeron y Pi, al ser presentados para el gobierno por el partido republicano, si no hubieran sido cuatro, que eran las tres gracias de aquel. En un discurso que habia pronunciado Castelar en Sevilla el año 1872, poco despues de las elecciones que presidió Ruiz Zorrilla, habia dicho al terminar: «Y como creo que basta, no para mi gloria, porque no tengo la soberbia de aspirar á ella, sino para tranquilidad de mi conciencia, haber contribuido á la emancipacion del pueblo: yo, que desearia que todo el mundo fuera una vasta federacion, que la ley de la frater-

nidad substituyera á la bárbara ley de la fuerza, que todos los hombres fueran hermanos, yo mi daré por contento y satisfecho, con unir mi humilde nombre á la fundacion de la República española.» Pudo pues darse por satisfecho. Fué nombrado ministro, y ministro de Estado. Este ministerio era el mas apropiado para sus facultades. Querido en Europa y adorado en América, su nombre era como una garantía de que la república española sería una república verdadera, pacífica, tranquila. A los pocos dias de instalarse en su ministerio dirigió un memorandum á las potencias extranjeras, razonado, mesurado, y digno. Tambien dirigió otro documento destinado á disipar las rencillas que nos separan de ellas, á las repúblicas españolas del Sur de América. Los dos fueron perfectamente acogidos. Desde el momento que entró en el ministerio y vió el estado del país, sus tendencias conservadoras dentro del ideal republicano, se estremaron mas. El hubiera querido la conciliacion con los antiguos elementos del partido radical: hubiera querido que no se divorciasen de la república sino que la ayudaron á consolidarse: hubiera querido con ellos una transacion y no una ruptura, una avenencia y no un divorcio. Pero, gracias á la buena estrella de la idea republicana, estos pensamientos no tuvieron realizacion. De suerte que la estancia de Castelar en el ministerio fué un perpétuo combate y un perpétuo disgusto. Se hubiera alejado de él mil veces, á no haber sido por no causar una perturbacion inútil en el seno de aquel gabinete que queria deponer, como lo hizo, el poder en las manos de las Constituyentes. Aquellos soldados que se indisciplinaban hoy aquí, mañana allá; las

facciones carlistas tomando vuelo; los correos detenidos, los trenes descarrilados y robados; la propiedad asaltada en Badajoz, las dehesas repartidas, los propietarios amedrentados y puestos en fuga muchos de ellos; Barcelona presa de una agitacion diaria, Cádiz en efervescencia, Málaga espulsando y desarmando á los soldados que habia en ella y llamándose Málaga la independiente, eran espectáculos que el gran orador no podia sufrir y que le crispaban los nervios y le atenaceaban las carnes. «Les voy á dejar pronto, decia un dia en una conversacion privada, refiriéndose á sus compañeros de gabinete, no han querido hacer nada de lo que les he dicho.»

Pero mientras estuvo en el gobierno, fué la pluma de él. Habia que escribir esto ó lo otro, Castelar lo escribiria; se trataba de una alocucion al ejército, Castelar, aunque no era militar, podia escribirla; se trataba de una circular de esta ó de la otra clase, allí estaba Castelar para redactarla; se trató del discurso-programa que habia de leerse en la apertura de las Constituyentes, Castelar se encargaria de él. Como antes Castelar habia sido la lengua de la minoría republicana, en el gobierno puede decirse que fue su pluma. Otros llevaron la entereza, la energía, la decision nunca desmentida, la confianza en medio de los mayores peligros; él llevó su pluma de literato y su talento de orador.

Pero no debemos pasar en silencio la parte activa que tomó en la noche famosísima del 23 de abril. Los conservadores y los radicales tenian fraguada su conspiracion, mezquina á la verdad, como ellos. Desde por la mañana los milicianos de los antiguos batallones monárquicos estaban

reunidos, por orden del alcalde primero, en la plaza de Toros, para apoyar los acuerdos de la Asamblea. Es sabido que, ésta al suspenderse, habia dejado una comision permanente para velar por los intereses de la nacion. Al menos así lo decian sus órganos en la prensa. Lo cierto es que esta comision, compuesta de radicales en su mayor parte, hostigaba al gobierno sin cesar. Le pedia cuentas continuas y el gabinete tenia que enviar á uno de sus miembros para dárselas. A Castelar le tocó un dia ir á batallar con aquellos cimbrios que habian defendido una monarquía sin ser monárquicos, y que querian mistificar una república, habiéndoseles ya olvidado que en otro tiempo habian sido republicanos de veras. Este dia, la comision habia pedido que fuera el gobierno en masa á darla cuenta del estado del país. Madrid estaba agitado é indignado; las tropas encerradas en los cuarteles por la mañana y enviadas á paseo por la tarde; la Carrera de San Gerónimo llena de curiosos; los voluntarios republicanos reunidos, retenes en todas partes, hasta en las iglesias. Parecia inminente la batalla. Se veia claramente que el único móvil que animaba á los antiguos monárquicos de la Asamblea, era la ambicion. No querian soltar el poder de ninguna manera y este era todo el nudo gordiano que habia que desatar; Pierrad fué á la plaza de Toros y en la puerta de Alcalá recibió una descarga. La casa de Serrano, próxima á la plaza de Toros, estuvo todo el dia convertida en un cuartel general. Iban y venian los partes, las noticias, las alarmas: generales en traje de campaña entraban y salian; el marqués de Sardoal llegaba á la plaza y los milicianos le victorearon. Parecia

la coliecion inminente. Pero al fin todo se acabó pacíficamente. Llegó la artillería á la plaza: rodeola, y al ver esto los milicianos se rindieron. Pero con esto la agitacion no habia concluido. Los diputados permanecian en la Asamblea y no querian abandonarla. Decian que querian morir en sus puestos. El pueblo rugía. La noche habia llegado y Madrid estaba envuelto entre mil terrores. No se sabia lo que podria suceder y se temian cosas pavorosas. En los alrededores del Congreso no se veian mas que gorros encarnados. A las puertas de él, agrupábase multitud de hombres. Estaban irritados, furiosos: querian entrar y matar á los diputados. El peligro arreciaba por momentos. Las bayonetas relucian en la obscuridad. La media noche se acercaba.

Cuando la noticia llegó al ministerio de la Gobernacion donde estaban reunidos los ministros: cuando se supo evidentemente que el Congreso iba á ser invadido por los republicanos mas impacientes, y que corrian graves riesgos los diputados que en él estaban, Castelar tuvo un impulso generoso, y lanzóse al socorro de aquellos hombres, diciendo que la república se deshonraria si los diputados monárquicos eran asesinados: Salmeron y Sorní le siguieron. Penetraron en el Congreso con dificultad. Cada uno de ellos tomó bajo su éjida á dos ó tres diputados y los acompañaron hasta dejarlos en salvo. Hasta llegar al Casino, Castelar corrió peligros con los diputados cuyo ángel custodio era. Nada es tan fácil para el pueblo en estos momentos como desconocer á las autoridades mas legítimas, á los hombres del partido mas probados. Así terminó aquella noche que hubiera podido ser sangrienta entre las mas san-

grientas si la obstinacion y la tenacidad de los unos no hubiera estado contrastada por el tacto y la prudencia de los otros. En ella demostró Castelar una vez mas ese valor moral que no teme arrostrar la propia muerte por evitar la de otros, que no teme la impopularidad que sobre él pueda caer, con tal que esto evite la deshonra de su partido.

L. Castelar no es ambicioso. Ese afan de ocupar puestos oficiales, que es la gangrena de todos los partidos españoles, no llega hasta él. En el banco azul no se encuentra bien sentado. Su gran elocuencia no es propósito para contestar á todas las preguntas, para refutar todos los cargos, para descender á todos los detalles prácticos á que tiene que descender un ministro. Cuando se dijo que entre él y Pi habia disidencias, él mismo manifestó que apoyaria al gabinete que formara Pi: cuando se dijo que él era el llamado á presidir un gabinete republicano conservador, manifestó que preferia no hacerlo y que le dejaran apoyar y aconsejar al gobierno que se constituyera. Le gusta mas influir que gobernar; ser orador que ser ministro. Como gana mas, ó tanto por lo menos, siendo literato como siendo miembro del gabinete, prefiere á lo último lo primero. Si todos los hombres públicos se encontraran en idéntico caso, no habria que deplorar el que todos quisieran ser ministros, ó directores, ó gobernadores por lo menos. Vienen hambrientos y tienen

necesidad de hartarse; la conciencia se ahoga entre los vapores del estómago. El pueblo al ver que los que llegan son como los que se han ido, se desespera y dice: «Habrà que echar á estos como á los otros» y el dia de la paz, de la armonía y del trabajo no llega jamás.

Hoy á Castelar se le tiene por conservador, el mas conservador de los republicanos de la Asamblea. Los diputados intransigentes noveles se encogen de hombros al oír hablar del gran tribuno. Aquel encogimiento de hombros quiere decir: «Este hombre no sirve yá.» Verdad es que para muchos de ellos no sirvió nunca. Ellos que resuelven á tiros, ó poco menos, todas las cuestiones, no gustan de su elocuencia flúida, retórica, elegante. Y sin embargo, él ha sido el que ha puesto en sus manos esa masa que ellos mueven y remueven hoy: él ha sido el que ha creado esa democracia que ellos agitan, que ellos perturban, y que ellos, quiero decirlo, que ellos destruyen.

Hoy, Castelar, no es mas que un diputado conservador: hoy no es mas que un obscuro federal que nada vale puesto al lado de las eminencias intransigentes. Y sin embargo, Estévanez, el ilustre, el hombre de carácter, el rayo de la guerra, el hijo de los astros y el nieto de la fortuna, está un dia en el ministerio, y si á él subió entre algunas esperanzas, de él baja sin que nadie ya se acuerde de él, sin que una mirada se le dirija. Y cuenta que no pretendemos menoscabar los méritos de nadie. Pero al ver que los mejores servicios se desconocen: que los sacrificios de todo linaje se olvidan: que se llama reaccionario y conservador á todo el que no grita mucho, á todo

el que no vocifera y escandaliza; que es casi un crimen hablar bien, un atentado contra la república pedir orden, y un delito de lesa-patria desear que haya gobierno, en la plena acepción de esta palabra; cuando se considera esto, y cosas mas graves aun, el ánimo desmaya, desfallece el corazón y se piensa tristemente en la especie de fatalidad que pesa sobre los pueblos latinos, que cuando viven en la tiranía suspiran y gimen y mueren por alcanzar la libertad, y que cuando la han alcanzado hacen todo lo posible por perderla.

No ha muchos dias Castelar, cuando la Cámara estaba mas agitada, pronunció un discurso, el primero de este período en su vida en que empieza á luchar contra el desorden y el desgobierno. La Asamblea le aplaudió, y cuando dijo que la campaña que ha hecho desinteresadamente por la libertad y la democracia, la va á hacer ahora por la estabilidad, por la autoridad, por el gobierno, aplaudió mas. Y sin embargo, los dias pasan y el horizonte se cierra mas y mas. El Norte arde en guerra; el Mediodía en efervescencia; las partidas carlistas se convierten en divisiones; los guerrilleros en generales; la indecision en la Asamblea y en el gobierno se marca mas; el crédito baja; los negocios mueren; los partidos liberales odian al gobernante, no porque haga la dicha ó la desdicha de la patria, sino porque está en el poder y ellos no lo están, y hay una Asamblea destinada á hacer mucho y esa Asamblea pasa semanas y meses, cuando los turcos están al pié de Bizancio, en puerilidades cuando no en insensateces. Ah! tan cierto es que los pueblos hacen lo contrario de lo que les acon-

sejan aquellos que les aman! El dia siguiente á aquel en que Lamartine pronunció uno de sus discursos mas patéticos y conmovedores, hubo necesidad de ametrallar á los socialistas en las calles de Paris.

Un periódico decia estos últimos dias: «Dícese que en la comision constitucional llama la atencion la circunstancia de que el Sr. Castelar, á quien algunos tienen por conservador, es de los mas acérrimos mantenedores de las ideas y principios federales.» Esta es su mejor vindicacion. El que ha consagrado toda su vida á la defensa de la idea republicana, no ha de querer á última hora limitarla y ponerla cortapisas. Una de las maneras de defender tambien la democracia, es combatir la anarquía.

De todas maneras no puede quejarse Castelar de su patria. Ha sido catedrático de su mejor Universidad; académico de su mejor academia; orador de su mejor Ateneo; tribuno de las mejores Constituyentes; escritor de sus mejores periódicos; ministro de su república y hoy ponente de la comision que redacta la futura Constitucion federal. Y lo mejor de todo esto es que lo ha ganado con sus propios esfuerzos. ¡Loor al genio y al trabajo!

LI.

No debemos cerrar las páginas de este libro sin dedicar algunas palabras á una de las mejores obras de nuestro escritor, á las *Semblanzas contemporáneas*. Publíquense en la Habana por la so-

ciudad editorial *la Propaganda literaria*: suelen aparecer en cuadernos mayores ó menores, y precedidas de un retrato magistralmente grabado en acero. A veces vienen dos en un cuaderno, á veces una en dos ó tres de aquellos. Favre y Bismark, Thiers y Dumas, Manin y Girardin, Figueras y Víctor Hugo, Monroy y Prim, Delfina Gay y Gambetta, Napoleon, Rossini y el escritor ruso Herten, Mazzini, el doctor Veron, la marquesa de Orvault, el obispo de Orleans, Ollivier, Michelet, Ferrari, la actriz Georges, el pintor Ingres y el filósofo Cousin llenan con sus figuras ya sombrías, ya resplandecientes, las hojas de los doce tomos de *Semblanzas* que conocemos.

Lamartine ha dicho que andando los tiempos la poesía no será mas que la razon cantada. Si esto quiere decir, como parece indicarlo en otro lugar, que las formas métricas están llamadas á desaparecer, no estamos conformes. Pero si quiere decir solamente que la prosa poetizada hasta lo infinito, se apoderará de las abstracciones del pensamiento: si esto quiere decir que el asunto de la poesía, hoy que la humanidad ha llegado á su mayor edad, será cantar la filosofía de las cosas, de los sucesos, estamos de acuerdo. Y si alguien ha realizado ya esto en vasta escala en nuestra patria, ha sido Castelar. ¿Que son sus discursos, sus escritos de todos linajes, sino la razon cantada? ¿Que son sus obras todas sino la manifestacion del pensamiento moderno exaltado y sublimado por la poesía? Diremos mas: Castelar ha hecho con la prosa castellana lo que el inmortal filósofo de Ginebra hizo con la francesa: ha dado nuevos giros á la lengua; ha inventado neologismos perfectamente propios y modismos muy exactos. No

es de esos académicos, serviles imitadores de nuestros clásicos del siglo XVI, que hablan un lenguaje arcaico y muerto, por querer hablar á la manera de Cervantes, de Calderon, de Fray Luis de Leon ó de Granada. A los que esto hacen, á fuerza de imitar á sus autores queridos, les sucede lo que á muchos escritores del renacimiento. Estos, enamorados perdidamente de Ciceron, de Virgilio, de Plauto, formaban sus libros, tomando, para espresar el pensamiento que querian, ya una frase de Plauto, ya otra de Terencio, ya otra de Propercio; de suerte que escribian obras parecidas en un todo á los trajes de los arlequines. El lenguaje de Castelar es nuevo: tiene algo del movimiento del siglo, algo de su grandeza y mas de su esplendidez.

Todo esto se nota en cuanto se leen algunas páginas de las *Semblanzas*. Si quereis conocer la mas brillante apologia de la oratoria que se ha escrito, leed la semblanza de Julio Favre: si quereis conocer al hombre que ha realizado la unidad alemana, al Cavour de Alemania, y al que ha hecho esclava de esta á Francia, al orador en el Parlamento, al hombre de mundo en los salones, al diplomático en los Consejos de Europa, al ministro hábil al frente del gobierno, leed la de Bismark. De Thiers dice Castelar: «Thiers no es filósofo. Talento esencialmente analítico, las grandes leyes generales de la historia y de la vida estan muy altas y no las alcanza su mirada. Thiers siente la trepidacion de la tierra, el sacudimiento de las sociedades, pero no ha visto ni conoce el fuego central de las ideas.» Estas solas palabras son un retrato completo. La biografía de Dumas es de las mas cortas y está escrita á la li-

gera, lo cual no impide que fotografíe exactamente al gran novelista. La de Emilio Girardin, más que otra cosa, es la apoteosis del periodismo. Hijo de la prensa, educado en ella, sabiendo mejor que nadie los servicios que presta, Castelar la adora. La biografía de Girardin no es más que un pretesto para cantarla. ¿Sabeis lo que son las plumas de los periodistas? El biógrafo del director de la *Liberté* lo ha dicho; «Son los hilos eléctricos que unen las regiones del planeta.» ¿Y sus ideas? «Son los átomos del aire que respiran nuestras almas, son como la atmósfera moral del globo.» La figura de Daniel Manin está trazada de mano maestra. Aquel hombre, severo como Sócrates, enérgico como Danton y dictador como Garibaldi, sabe hacer lo que el solitario de Caprera. Dictador en Venecia, despues de haber asombrado al mundo resistiendo al extranjero por espacio de seis meses, se retira á vivir en el ostracismo, dando lecciones de su lengua nativa. Víctor Hugo viene despues. Trae en la frente el ceño de su época. Ha resucitado con nueva forma el romanticismo de la edad media; ha sido, legítimamente si se quiere, bonapartista, romántico, doctrinario, creyente, racionalista, libre-pensador y demócrata; ha llevado en su alma todas las dudas de la conciencia moderna, todas sus esperanzas y todas sus tempestades; ha sido el Byron de nuestros dias, la condensacion en un hombre de todos los martirios y de todas las fluctuaciones de una sociedad que va en busca de mejores tiempos. De Figueras ha escrito; «Sus discursos son sóbrios, correctos, vivos, intencionados, corteses, razonados, serenos, extraordinariamente hábiles y por lo tanto persuasivos. Pero cuando ne-

cesita lo sublime, toca en lo sublime. Acordaos de aquella noche en que pronunció su «Creo en Dios,» el cual convirtió por un momento la Asamblea en templo. Y euando necesita cólera, sabe ser colérico. Acordaos de las célebres últimas imprecaciones contra Montpensier. Pero su calidad esencial es aquella fria sonrisa que mata á los contrarios como un veneno sutil. ¡Que certera vista para herir el punto flaco de la fortaleza enemiga! ¡Qué táctica para sembrar la discordia! ¡Que prodigiosa memoria para traer los recuerdos históricos que mas pueden molestar al gobierno que tiene en frente! Y sobre todo. ¡Qué oportunidad! El conoce todas las triguiñuelas reglamentarias. El sabe como se empeñan las batallas, cuando sus enemigos no pueden pelear. El hace tempestades en los bancos adversarios con la misma facilidad conque las deshace en los bancos de sus amigos.»

El retrato de Prim y de Monroy vienen en el mismo cuaderno. El uno es un carácter aventurero; el otro una vida tranquila: el primero es un hijo de los héroes de la edad media, el segundo un hijo de la vida social moderna: el uno es una tempestad del estío, el otro una mañana de primavera: el guerrero muere acribillado á balazos en la esquina de una estrecha calle, el poeta espira, pareciéndose, como dice Castelar, á una tarde de estío estinguiéndose en calma. Yo no conozco del uno hazaña mas grande que la de los Castillejos, y del otro hazaña mas grande que esta estrofa:

El águila gigante
Que en las alturas remontada un dia
Por cielos y por mares esparcia

Su precioso cambiante
 De blanca luz y de colores rojos:
 La que adornó á la Europa con sus galas
 Y derramó por la apartada zona
 De América las plumas de sus alas:
 La que fijó en Italia su corona,
 En Grecia sus despojos,
 Y allá en la inmóvil oriental ruina
 El áureo rayo de sus negros ojos;
 El águila latina
 Clava en Marruecos su terrible garra,
 Y venciendo las sombras del ultraje,
 En girones al África desgarrá
 Para ornar su fantástico plumaje.

Gambeta y Delfina Gay llenan el tomo sexto. Gambeta, el terrible agitador, el espíritu revolucionario, en el que aun se fijan las miradas de muchos al ver condensarse cada dia mas sobre Francia la tempestad monárquica, iniciada débilmente por Thiers y poco menos que anunciada por Mac-Mahon, no es mas que el pretesto que Castelar toma para hablar de la guerra franco-prusiana, de la Commune, de sus horrores, del sitio de Paris y de la convocatoria de aquella asamblea que no llegó á reunirse. A Delfina Gay, primera esposa de Girardin y dulce poetisa, la consagra unas pocas páginas. Ella fué la cantora de las hermanas de la Caridad: ella fué la autora de *Cleopatra*, tragedia que hizo concebir esperanzas de que la escena francesa, inundada de vaudevilles y cancanes mas ó menos inmorales, aun podía ver reaparecer sobre sus tablas la buena tragedia clásica.

Napoleón III llama despues la atención del lector. El es: se le conoce en sus ademanes, en su silencio, en su inmovilidad. En la frente trae una tempestad, pero es la de su ambición: en sus labios trae el silencio, pero es el de sus indecisiones;

en su alma trae el caos, pero es el de sus dudas. Viene manchado de sangre. Caballero andante del cesarismo moderno, como los caballeros de la Edad media, lleva motes. El 2 de Diciembre y Sedan son los principales. Lleva asociada á su vergüenza una española, heroína digna de otro héroe. Es socialista liberal antes de ser presidente de la república y es socialista reaccionario despues de ser César. Vende á los obreros la libertad por trabajo: derriba la mitad de Paris para pasar en el trono la mitad de su vida y compromete á la municipalidad por consolidar su dinastía. Aventurero imperial, como otros van á buscar oro á California, él lo fué á buscar al trono y lo encontró. Es César sin ser magestuoso: escritor sin ser ilustre: socialista sin ser liberal: pérfido sin ser Maquiavelo: César Borgia en el 2 de Diciembre. Tres tomos ocupa esta semblanza y en verdad que son pocos.

Rossini y Herten, escritor ruso, están dibujados en el tomo décimo. Rossini se parece á Goethe, y los dos, en verdad, yo no sé á quien se parecen. Recuerdo haber visto, no se dónde, una estatua. Tenia la frente serena, el pecho quieto, la mirada fija en lo alto, los labios trémulos como agitados por una oración, las manos cruzadas como en presencia de lo invisible. No era aquella la inmovilidad egipcia, parecida á su desierto, ni la inmovilidad asiática, parecida al sueño de sus religiones. Era la inmovilidad del éxtasis, la serenidad contemplativa de lo ideal, la materia y el espíritu perdidos en lo que no muere ni pasa. Rossini tiene algo de esta estatua. Parece haber conquistado ya la inmortalidad y estar satisfecho. Creia tener derecho á alcanzar en vida aquella gloria

con que la posteridad solo cubre las tumbas de los muertos ilustres: la ha conquistado y está tranquilo. Vive en la apoteosis: sereno como Júpiter despues de haber obtenido á Leda. Herten es el emigrado de Lóndres: el emigrado de Ginebra: el que llamaba á los esclavos á que se levantaran, con estilo tan vivísimo, que parecia la trompeta del juicio final llamando á los muertos á la resurrecion: el que contaba á Castelar sus conspiraciones audaces, el que le manifestaba sus empeños revolucionarios, el que le hacia sus confidencias mas íntimas.

¿Para qué he de analizar las semblanzas que restan? Si no las leéis por lo que haya dicho y por lo que pueda decir, no tendreis idea de ellas. Las noticias que dá, los períodos que pinta, las descripciones que hace, las bellezas de pensamiento y de estilo que en ellas hay, necesitan verse, leerse, examinarse por uno mismo. Aunque distraido con otras obras, yo creo que Castelar no abandonará esta. ¡Hay todavía en Europa tantos personajes que retratar! Empezadas estas semblanzas en los dias de la emigracion y de la tristeza no es justo que las detenga en los tiempos de la prosperidad y de la bienandanza. Afortunadamente ya, ni siquiera es ministro, y puede proseguirlas.

LII.

Los artistas deben á su estancia en el ministerio la creacion de la escuela de Bellas Artes en Roma. La noche que reunió á aquellos en los sa-

lones del ministerio de Estado, manifestó que sabia la historia del arte mejor que muchos de los artistas allí presentes. Hoy, sin abandonar la política, porque seria como haber pedido á Garrits y á Talma que hubiesen abandonado la escena, se dedica á sus trabajos literarios.

Decir que los editores buscan sus libros y se los pagan al mas alto precio á que en España, donde tan poco se lee, pueden pagárselos, es decir lo que todo el mundo sabe: recordar que por una publicacion recibió de los Estados-Únidos doble cantidad de la que se habia pactado, ¡tan bien le pareció al editor!, es repetir lo que por entonces dijeron los periódicos: añadir que su imaginacion con el tiempo parece hacerse cada dia mas brillante: la esfera de sus conocimientos agrandarse, su estilo embellecerse mas, su diction hacerse cada dia mas correcta, es cosa que lo vé todo aquel que quiere leer sus últimas producciones. Él quisiera terminar varios trabajos. La filosofia de la historia de España, á lo menos, ya que no la de la historia universal, llama extraordinariamente su atencion, tanto mas cuanto que nadie, ó casi nadie, se ha ocupado de esto aun en nuestro país. Nuestras historias son relatos de hechos; cronicones pesados que aglomeran sucesos sobre sucesos y que no manifiestan el espíritu á que obedecen, la ley que los preside. Lafuente ha tomado mejor camino y ha intentado algo en este sentido. A Castelar le toca completar la obra. Si Lafuente ha escrito la Historia de España con mas ideas filosóficas que todos sus antecesores, á Castelar le pertenece de derecho hacer la filosofia de la historia de España. Y creemos que la hará para su gloria y para la de su patria.